

LA pesca más concienzuda, a la que he dedicado mayor cantidad de horas y más encendidos entusiasmos, ha sido la de la trucha al lance ligero, con cucharilla en las horas punta del día y con la cuerda, a mosca ahogada, en las centrales. Esta actividad, que inicié en los últimos cuarenta y no he abandonado hasta el día, tiene, pues, una larga tradición de treinta y muchos años, en los que, como en botica, ha habido de todo. En líneas generales, esto de la trucha, como la caza (las vedas contrapuestas de perdiz y trucha me han permitido jugar a dos bandas durante siete lustros), ha ido de más a menos, de la alegre expansión libertaria y pingüe a la excursión controlada, de escasísimas capturas. A lo largo de estos años, las reglamentaciones cada vez más estrictas y la repoblación piscícola generalizada han ido entibiando mis ardores iniciales. Hoy, apenas salgo un par de veces o tres a truchas en los meses de primavera y una a los reos durante el verano, en el Cares, invitado por mi amigo Manolo Torres. La reserva de cotos con meses de antelación, el hecho de tener que elegir a ciegas el día y el río que *debo* pescar y, sobre todo, la posibilidad de atrapar una trucha que previamente ha sido puesta en el río por el servicio piscícola para que yo me entretenga, es algo que contraría mi filosofía de la pesca, el carácter de pugna entre un ser inteligente y un animal silvestre que yo le asigné en principio.

Aficionarse a la pesca de la trucha desde Valladolid, única ciudad castellano-leonesa donde no las hay, tiene su busilis. Esta dedicación, como el matrimonio, suele responder a un lento proceso de maduración. Y, en mi caso, el flechazo de la trucha se produjo en Molledo-Portolín (Santander) durante mi viaje de novios, en 1946. En aquellos días, paseando por la ribera del Besaya, mi mujer y yo sorprendimos a un pescador en medio del río, fustigando las aguas a diestro y siniestro, actitud que contrastaba abiertamente con la secular imagen del pescador de caña, estático y adormilado, pendiente de la picada del pez, a que nos tenían acostumbrados los chistes de los tebeos. Aquel hombre —Panín, el de Santa Olalla— era la antítesis del pescador pasivo: la más pura —y, al parecer, gratuita— actividad. Cambiaba de sitio, saltaba de piedra en piedra, alteraba la dirección de sus varadas, vadeaba una y otra vez el río con sus botas de goma, avanzaba cien metros, volvía sobre sus pasos. Al llegar a su lado, nos explicó que la pesca de salmónidos al lance ligero, con devón, cucharilla o mosca artificial, era el último grito de la pesca deportiva en Europa. En el extremo más frágil de la caña estaba el sedal, con un artilugio plateado bailando en la punta y, en el otro, un carrete negro con mucho hilo enrollado. Aquellos adminículos eran desconocidos en España y mi mujer le preguntó cómo se manejaban. Panín, el de Santa Olalla, trató de eludir la demostración

Yo, pescador de caña (V)

LA LLAMADA DE LA TRUCHA

con la disculpa de que aquel tramo de río lo tenía ya muy castigado, pero como mi mujer le advirtiese que no pretendíamos *ver pescar*, sino informarnos sobre cómo se utilizaban aquellos trebejos, Panín se avino:

—Bueno, eso es fácil— dijo: Mirad.

Eché por encima de su hombro una ligera cañita de un par de metros y la impulsé hacia el río. La cucharilla, con su peso, fue sacando hilo del carrete, se posó suavemente sobre las aguas y se hundió. A nuestros pies, en la poza transparente, se la veía aletear como una mariposa que tratase de huir desesperadamente de un enemigo invisible:

—La veis girar, parece una polilla.

De improviso, de lo hondo de la poza en penumbra emergió un pez grande, con la boca abierta, se lanzó como una exhalación sobre la cucharilla y en unos segundos quedó prendido de los tres anzuelos. Panín, el de Santa Olalla, no daba crédito a sus ojos:

—¡Pero si he pescado! —repetía: —¿Os dais cuenta?

Giraba la manivela del carrete recogiendo hilo, al tiempo que bajaba de la piedra desde donde había lanzado, aproximándose al agua, y el pez se retorció y salpicaba en medio del río. Pausadamente pero sin concesiones, Panín fue aproximando la trucha a la orilla, echó mano de la tomadera que portaba a la cintura, la envolvió con ella y la sacó del agua. Mientras coleaba en las arenillas del estero y la desanzuelaba, Panín la miró con ojos tiernos y sólo dijo:

—Es bonita, ¿no?

Yo acababa de morder el anzuelo y no pude responder. Panín había pescado la trucha pero la trucha me había pescado a mí; acababa de conquistarme. Un verano después, cuando mi cuñada Carmen Vellarde (que, entonces, todavía no lo era) se soleaba en el mismo río sobre una peña, unos metros más abajo, una trucha de kilo saltó a bañarse, calculó mal el salto y fue a caer sobre la roca donde ella estaba ten-

dida, salpicándola. Mi cuñada recibió con asombro y alborozo el don del río y todos nos hicimos lenguas sobre el original pro-

cedimiento de captura. Era un hermoso ejemplar carinegro, rubio, moteado de pintas rojas y negras, asalmonado, que nos merendamos con gran contento. Fue la segunda tentación. La primavera siguiente me sorprendió a la vera del Pisuerga, en Aguilar de Campoo, caña en ristre, con una cucharilla del tres y un hilo del veintiséis, que, antes que romper, removía las rocas y las arrastraba corriente abajo como si fueran cantos rodados. Con el tiempo, el tamaño de la cucharilla se iba reduciendo y el hilo afinándose, pero en aquella ocasión, a mediodía, entre dos grandes piedras, enganché la primera trucha de mi vida, un bonito ejemplar damasquinado que luchó inútilmente con el grueso sedal de mi carrete. Yo la contemplaba con veneración, como a un objeto precioso. Los tirones, la resistencia del pez a ser extraído de su medio, me habían deparado una emoción nueva, una emoción desconocida, a la que ya no estaba dispuesto a renunciar. Me convertí, pues, en un ferviente pescador de truchas. Poco a poco fui cansándome de la cucharilla y me fui doctorando en la técnica de la pluma, del mosco ahogado, más sutil, vistosa y placentera. Había ocasiones en que reducía la jornada de pesca a las horas centrales del día para trajinar el río únicamente con la cuerda. Entonces, en la primera mitad de la década de los cincuenta, no era raro atrapar docena y media de truchas, y algún que otro ejemplar de kilo o kilo y pico. A mí, empecinado cazador, la temporada de pesca, que seguía cronológicamente a la de caza, me procuraba tantas o mayores satisfacciones que ésta. Pescaba regularmente, al menos una vez por semana. Había de recorrer ciento cincuenta, doscientos kilómetros, para alcanzar un río truchero, pero todo lo daba por bien empleado. Frecuentaba los cotos, pues entonces no había dificultad para obtener permisos, ya que los pescadores éramos cuatro gatos. En mi fuero interno cuestionaba cuál de los dos deportes predadores me apasionaba más: la caza o la pesca. Y no acertaba a resolverlo; la cuestión constituía una empatadera. La caza aventajaba a la pesca en que estaba a la vista; la tirases o no, la perdiz rara vez permanecía oculta, la veías. Con la pesca, en cambio, había días en que las aguas se cerraban y las truchas no respondían a ninguna incitación. No se veían y la corriente parecía despoblada. Por el contrario, la pesca superaba a la caza en cuanto a la incógnita de la presa: al notar la picada, en tanto no empezaba a recoger hilo y sentía los tirones, uno ignoraba si había prendido una trucha de cien gramos o de un kilo. La perdiz, en cambio, siempre era *la misma*, la segunda un calco de la primera.



CATRASA
Avda. de Andalucía, 1
Tfno: 57 68 80-SEVILLA

Miguel DELIBES
de la Real Academia Española